

EDITORIAL

HOJAS DEL PENSAMIENTO

Atrás quedó ya el verano, los días de sol radiante cayendo a plomo sobre la escultural orografía de muchachas hermosas, tendidas sobre la arena caliente de las playas. El tiempo, como las agujas del reloj, avanza de forma inexorable y cíclica, volviendo rítmicamente una y otra vez sobre sí mismo.

Hoy me ha despertado un repique de lluvia sobre mi ventana y he tenido que abrirme con mis manos un huequecito en el vaho del cristal para asomarme al mundo. Densas nubes de mercurio y algodón venían a posarse, allá en el cerro, como si el cielo y la tierra quisieran fundirse en un abrazo íntimo y profundo. El viento abanicaba los árboles del paseo de San Gregorio y un remolino de amarillentas hojas, como alegres mariposas, ensayaban una danza nupcial. Los chiquillos, camino de la escuela chapoteaban con sus pies en los charcos, mientras los paraguas de los viandantes proyectaban al cielo, de repente, sus globos de colores.

Los días de lluvia me envuelven en un halo de melancolía, me hacen regresar al pasado para evocar los ya lejanos días de la infancia, ese paraíso que todos, antes o después, terminamos perdiendo. Hoy quisiera remansar el tiempo entre mis manos, pero los recuerdos me llevan de un lado para otro, en una especie de travelling que pretende hacer emerger a la luz aquellas secuencias que permanecen vivas todavía en el gran baúl de la memoria.

Cómo nos gustaría rebobinar las imágenes del pasado, desandar los caminos, rescatar con unción de añoranza las vivencias más felices, río arriba del pasado tan breve, tan efímero. Sería maravilloso volver a conversar con los seres queridos que un día tuvieron que emprender su exilio por el Cosmos, dejándonos abatidos en un círculo de soledad y de añoranza.

El vuelo de una bandada de pájaros migratorios me hace volver a la realidad del tiempo presente, a nuestro cotidiano vivir, real y tangible. La estridente sirena de una ambulancia parece rasgar en dos el aire, mientras que la televisión repite machaconamente imágenes de la guerra en Chechenia, las trágicas huellas del último terremoto en Méjico o las consecuencias de la violencia doméstica en nuestro país.

Estamos en otoño, tiempo propicio para la reflexión, para ver en la caída de las hojas un fenómeno biológico necesario que hará posible, allá por el primer abril del nuevo milenio, el resurgir de la vida en primavera.